



Blog LabSAHARA

MARZO 2023

MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y DISCURSOS SOBRE EL SÁHARA OCCIDENTAL

“Entre la verdad y la mentira puede no haber más de cuatro dedos: la distancia que separa la oreja del ojo. Porque lo que te contaron puede no ser verdad, si te mentían. Pero lo que tú has visto con tus propios ojos sabes que eres cierto, y para ti es innegable ya. Por donde vayas luego proclamarás esa verdad, de la que has sido testigo. Y ya no te dejará, porque lo has visto”

(Proverbio saharauí)

El viejo proverbio saharauí que antecede a estas líneas condensa a la perfección la receta que debería guiar a cualquier periodista que se precie: estar, ver y contarlo. Cualquier aproximación actual en su vertiente informativa al conflicto del Sáhara Occidental, la ex colonia española que a fecha de 2023 sigue siendo el último territorio pendiente de descolonizar en África, debe tener en consideración la poliédrica realidad del contencioso: la compleja coyuntura política, económica y social de Marruecos, el país ocupante; la excepcionalidad que ha convertido los territorios ocupados del Sáhara Occidental en un “agujero negro” para el periodismo; la precariedad de los medios de comunicación en el destierro de los campamentos de refugiados saharauis de Tinduf (Argelia); y lo que he denominado “la estrategia del olvido”, la calculada narrativa que en el panorama mediático español está tratando de consolidar la desmemoria, tan lucrativa para un poder político que intenta eludir cualquier responsabilidad histórica sobre estos 47 años de contencioso y de desprecio a la legalidad internacional.

Autor



Francisco Carrión
Periodista de El Independiente



Periodismo en Marruecos: mordazas y acoso

Las promesas de democratización que alumbraron la llegada al trono de Mohamed VI han resultado un espejismo. Y uno de los campos en los que ese fiasco resulta aún más evidente es la libertad de expresión. En la actualidad, al menos una docena de periodistas se halla en prisión. Marruecos ocupa la posición 135 de 180 países en el Índice Global de Libertad de Expresión que elabora anualmente Reporteros Sin Fronteras. Los ataques al periodismo libre e independiente son hoy muy similares a los que acontecen en otras autocracias del mundo árabe, como Egipto o las monarquías del golfo Pérsico.

Con *modus operandi* que suponen un regreso a décadas pasadas, el aparato de seguridad marroquí controla férreamente a los medios de comunicación y decide lo que puede o no ser contado y cómo hacerlo. “Los medios de comunicación marroquíes pueden parecer diversos, pero se trata de una fachada. Los medios no reflejan la diversidad de la opinión política en Marruecos”, señala Reporteros Sin Fronteras en su informe anual. La ausencia de Mohamed VI, enfermo y con largas estancias en el extranjero, ha dejado el poder en manos de los servicios de inteligencia y el majzén, el círculo más cercano al monarca. Como resultado, el régimen ha recrudecido el ataque a periodistas y restos de miembros de la sociedad civil, desde defensores de los derechos humanos hasta activistas e intelectuales. Human Rights Watch asegura haber documentado “decenas de condenas de periodistas y activistas por cargos relacionados con la libertad de expresión, en clara violación de sus derechos”. “Estos juicios continúan y las autoridades han perfeccionado un enfoque diferente para los críticos más destacados, procesándolos por delitos no relacionados con sus declaraciones, como blanqueo de dinero, espionaje, violación y agresión sexual, e incluso trata de personas”, agregan desde la citada organización.

Especialmente notorio es el caso de Omar Radi, un periodista de investigación marroquí espiado primero con programas como el israelí Pegasus y luego procesado y encarcelado en virtud de acusaciones falsas de delitos sexuales.



Ha sido condenado a seis años de prisión. El grupo de trabajo de la ONU las tilda de “detenciones arbitrarias” de Radi y de sus colegas Soulayman Raissouni y Taoufik Bouachrine y reclama su liberación inmediata y sin condiciones así como una indemnización por los daños ocasionados. El hostigamiento de las fuerzas de seguridad se ha extendido también a sus familiares. El acoso, además, cuenta con la participación activa y entusiasta de los medios de comunicación -tras el cierre de Al Ajbar al Youm en abril de 2021 no queda ya periodismo independiente-, que han llegado a ventilar imágenes e informaciones vinculadas a la intimidad de periodistas y activistas, con la doble finalidad de hacerles callar y lanzar un mensaje de advertencia a otros potenciales disidentes. La grave violación de los derechos vinculados a la libertad de expresión motivó en enero de 2023 una histórica resolución del Parlamento Europeo, en medio del escándalo por los presuntos sobornos a europarlamentarios cometidos por Qatar y Marruecos.

Otro de los escándalos que ha sacudido el país vecino recientemente es el de Mohamed Ziane, ministro de Derechos Humanos marroquí en tiempos de Hasán II y abogado de 80 años muy crítico con la deriva de la monarquía. En varias intervenciones en su canal de Youtube y en una entrevista con El Independiente, Ziane criticó la ausencias del monarca alauí y le emplazó a abdicar en su vástago. Fue condenado por once delitos, entre ellos, «la ofensa a funcionarios públicos y la Justicia», «la injuria contra un cuerpo constituido», la «difamación», el «adulterio» o el «acoso sexual». Permanece en prisión desde noviembre de 2022.

Territorios ocupados, un “agujero negro” de la información

Reporteros Sin Fronteras califica de “desierto informativo” la situación del periodismo en los territorios de la ex colonia española ocupados desde 1976 por Marruecos. En el informe “Sáhara Occidental, un desierto para el periodismo”, publicado hace cuatro años, la organización denuncia la “persecución y constante represión de los reporteros saharauis que intentan hacer periodismo alternativo al margen de la oficialidad marroquí, muchas veces condenados a desorbitadas penas de cárcel”.



La mordaza informativa también se aplica a los periodistas extranjeros, expulsados casi de forma inmediata cuando acceden al territorio. Además de la cárcel o la expulsión, los profesionales que intentan ejercer su derecho a informar son víctimas de arrestos, calumnias, torturas, malos tratos o amenazas a su entorno familiar. A juicio de la organización, ejercer la profesión periodística en los territorios ocupados es todo un “acto de heroísmo”. Para desafiar la narrativa oficial, han surgido en los últimos años iniciativas como Equipe Media, una plataforma integrada por periodistas saharauis que desde el interior del Sáhara levanta acta de las tropelías y los abusos de las autoridades locales, y la Fundación Nushatta, que se autodefine como “una plataforma no gubernamental de medios de comunicación y derechos humanos con sede en el Sáhara Occidental ocupado y los campamentos de refugiados saharauis de Tinduf”. En palabras de Ahmed Ettanji, fundador de Equipe Media, se trata de “romper el bloqueo informativo” existente en los territorios bajo ocupación.

Informar entre jaimas, periodismo de resistencia

Hacer periodismo en unos campamentos de refugiados, establecidos inicialmente para un período de tiempo limitado, tiene enormes desafíos. El primero es la precariedad de los recursos, un reto que es aplicable a todos los aspectos de la vida en los campos de refugiados saharauis de Tinduf (Argelia). Camino de cumplirse medio siglo de su fundación, la estructura informativa estatal está formada por una emisora de radio que inició sus emisiones en 1975, en plena retirada de las tropas españolas del territorio; una agencia de noticias, Sahara Press Service; y una televisión RASD TV, que comenzó a emitirse de manera permanente en 2009. Los estudios de la televisión se encuentran en Rabuni, la capital administrativa de la República Árabe Saharaui Democrática, junto a otros edificios gubernamentales. Su director general, Mohamed Salem Laabeid, reconoce las enormes dificultades diarias: su programación está vertebrada a partir de dos informativos (a las 14.00 y 21.00); la tecnología de la que disponen está obsoleta; su emisión es a través de internet y satélite, con variaciones en estos años de singladura; y su principal obstáculo es la falta de acceso a archivos y agencias.



Sigue sin disponer de acceso a imágenes de los archivos de RTVE en España y la televisión estatal argelina, los dos entes que más han cubierto la historia reciente del pueblo saharauí. En busca de nuevas narrativas, ha nacido una escuela de cine con aportación cubana y de sus instalaciones ha surgido recientemente *Juruchu Filuchu* (Tonterías en el Exilio), la primera comedia televisiva saharauí. Producida por la Escuela de Cine Abidin Kaid Saleh y compuesta de doce episodios, aborda escenas de la sociedad actual saharauí.

España-Sáhara: la estrategia del olvido

A pesar de la distancia temporal y política que separa el escenario actual del de 1975, la opinión pública española sigue siendo extremadamente favorable a la causa saharauí. “Vacaciones en paz”, el programa de acogida estival de menores de edad saharauis por parte de familias españolas, ha preservado durante décadas una ligazón que ha resistido los intentos de desmemoria que aún hoy se tratan de practicar, especialmente notorios desde la esfera política. Una estrategia de olvido, por acercamiento a los postulados de Marruecos o incomodidad con los errores del pasado, que también es perceptible en los medios a partir del espacio que se dedica a la situación de la población saharauí; la menguante presencia de periodistas en los viajes a los campamentos; o los vetos que en los últimos años se han aplicado desde los medios de comunicación públicos. En 2021 RTVE y la agencia EFE decidieron no enviar a redactores y técnicos en el primer viaje de prensa tras la pandemia del Covid-19 y en una coyuntura en la que el Sáhara había cobrado enorme interés en la política nacional, tras la acogida en España por razones humanitarias del líder del Frente Polisario, Brahim Ghali, aquejado precisamente de coronavirus. Los pormenores de su entrada en España -Ghali tiene la nacionalidad española- provocaron una airada reacción de Marruecos y uno de los episodios más tensos de las relaciones bilaterales, con la llegada a nado de 12.000 migrantes a Ceuta en cuestión de horas.



En la estrategia del olvido ha sido fundamental la tibieza con la que los sucesivos gobiernos de los dos principales partidos de España han abordado la descolonización pendiente de la ex colonia española -por miedo siempre a la respuesta marroquí, vía migración, tráfico de drogas o cooperación antiterrorista- y, más recientemente, el cambio de posición en el contencioso firmada por el Gobierno de coalición en marzo de 2022. En “la hoja de ruta” inaugurada entonces, España y Marruecos se comprometían a trabajar por una nueva relación “basada en los principios de transparencia, de diálogo permanente, de respeto mutuo y respeto e implementación de los compromisos y acuerdos suscritos por ambas partes”. En febrero de 2023, con motivo de la Reunión de Alto Nivel España-Marruecos celebrada en Rabat, Pedro Sánchez agregó: “Vamos a evitar todo aquello que sabemos que ofende a la otra parte, especialmente en lo que afecta a nuestras respectivas esferas de soberanía”.

Durante años el régimen marroquí ha tratado de establecer con escaso éxito una suerte de lobby en España con el objetivo de hacer virar a una opinión pública muy hostil a sus intereses. Sus bazas han sido fundaciones y personas que con eco muy limitado han tratado de argumentar, por ejemplo, la soberanía marroquí sobre el Sáhara y las ambiciones expansionistas del país vecino. Se han adherido a esos esfuerzos políticos españoles que tuvieron en el pasado cargos de enorme relevancia. El silencio gubernamental -constatable en las respuestas a periodistas y políticos de la oposición del ministerio de Asuntos Exteriores español- se completa con la campaña de hostigamiento judicial a periodistas como Ignacio Cembrero; una potente red dedicada a la difamación en prensa y redes sociales mediante bots; el espionaje; y la creación de medios estatales marroquíes en español o la existencia de nuevos medios satélites de Rabat en España. Unas medidas que, de momento, no han conseguido el objetivo buscado de ganarse a una sociedad que -aunque en una posición cada vez más precaria y a diferencia de la clase política que dice representarla- sigue conservando cierta responsabilidad ética con el pasado.